

PRESENTACIÓN

Hace casi una centuria se descubría el Tesoro de Aliseda, en una época en la que Tarteso era solo concebida como una ciudad opulenta regida por el mítico rey Argantonio; por ello, el hallazgo del tesoro no tuvo la repercusión cultural que merecía al no encajar en los cánones por entonces establecidos. Por aquellos años, tanto Bonsor como Schulten se afanaban por encontrar la ciudad perdida, obviando así el magnífico hallazgo de Aliseda, solo valorado en su justo contexto cultural muchos años después, casi medio siglo, cuando Tarteso se integró en la investigación arqueológica a partir del Symposium Internacional de Jerez de la Frontera dirigido por el profesor Maluquer de Motes donde, bajo el significativo título de Tartessos y sus Problemas, se abordaron de manera decidida cuestiones de toda índole, si bien se reparó especialmente en la interpretación arqueológica. Tarteso pasaba así del mito a la realidad histórica, con una cultura ahora avalada por el descubrimiento del tesoro del Carambolo y las posteriores investigaciones en el cerro de Camas, añadiéndose paulatinamente excavaciones y objetos que hasta ese momento se habían adscrito al ámbito de la colonización fenicia.

Con el transcurrir del tiempo Tarteso se ha ido dibujando en el territorio, configurado por Huelva y la desembocadura del Guadalquivir, pero cada vez era más patente su presencia en las tierras altas de este río y en el valle medio del Guadiana, donde a finales de los años comenzaron los trabajos en la sorprendente necrópolis de Medellín, una prueba irrefutable del nexo existente entre el núcleo de Tarteso y su periferia geográfica que se vio acrecentado por la continua aparición de objetos aislados que no hacían sino incidir en la importancia de la cultura tartésica en estas zonas del interior. Así, y con estos mimbres, en 1977 se publica en esta misma colección el extraordinario trabajo de Almagro Gorbea *El Bronce Final y el Periodo orientalizante en Extremadura*, un libro que ha sido todo un referente para aquellos que hemos

trabajado sobre este periodo histórico; en él se establecieron las bases para el estudio de Tarteso fuera de su espacio original, si bien se optó por utilizar el término orientalizante para distinguir sendos territorios culturales. El espaldarazo sobre la importancia de la presencia de la cultura tartésica en el interior se produjo con el hallazgo del santuario de Cancho Roano, todo un hito arqueológico que ha servido para vincular definitivamente ambos territorios. Así, y aunque en 2003 el Instituto de Arqueología del CSIC organizó un simposio internacional bajo el epígrafe de *El Periodo orientalizante*, en la última década ya se hace mención a un *Período Tartésico* que podríamos denominar tardío o final para los restos que cada día se prodigan más por el valle del Guadiana, donde se está configurando una cultura de innegable origen tartésico pero con una fuerte personalidad que deriva de su sustrato atlántico.

Pues bien, el libro de Esther Rodríguez González que tengo la satisfacción de presentar está llamado a convertirse en un nuevo referente para estudiar y entender la cultura tartésica, y en concreto la que se desarrolló en el valle medio del Guadiana, donde hasta el momento solo conocíamos la existencia de algunos yacimientos inconexos que sin embargo, y tras una labor loable por la metodología desplegada por la autora, han terminado por configurar un espacio uniforme que nos permite conocer mejor la sociedad que se estructuró en este vasto y rico espacio geográfico. Además del análisis de los yacimientos ya conocidos, destaca especialmente el catálogo de los denominados edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, tal vez un nombre largo y poco práctico para aludir a ellos, pero que sin embargo incluye las vocablos esenciales que los caracterizan; y como la propia autora dice, sabemos que siempre serán aludidos como los «túmulos del Guadiana».

Pero si el catálogo de los túmulos puede considerarse como lo más granado de este trabajo, no menos importante son los apartados donde

se abordan y revisan algunos de los paradigmas que se han venido utilizando hasta hace pocos años para interpretar la presencia tartésica en el interior. Llama especialmente la atención la solvencia con la que la autora defiende la utilización del término tartésico para referirnos a la cultura que se desarrolla en el valle medio del Guadiana entre los siglos VII y V a.n.e., limitando así el uso de orientalizante a la influencia estilística y técnica en las manifestaciones artísticas, optando así, y para evitar confusiones, por encuadrar esta fase en el Periodo Tartésico. Sin duda es una decisión valiente y muy bien argumentada historiográficamente que sin embargo no es inédita en la bibliografía, si bien siempre se ha utilizado con cierto reparo para no equiparar esta zona del Guadiana con el foco de Tarteso. Su concepción de Tarteso como el resultado de la combinación de las culturas mediterráneas, preferentemente fenicia, asentadas en el sur peninsular y las indígenas, muy heterogéneas, habrían dado como resultado lo que hoy conocemos como cultura tartésica. Una solución que evita malos entendidos siempre y cuando seamos conscientes de que cada territorio tuvo su exclusiva personalidad derivada de su propio sustrato cultural.

El resultado de la investigación que ahora ve la luz también ha conmovido algunos de los prin-

cipios sobre los que se ha construido la cultura tartésica del Guadiana, donde el cerro del castillo de Medellín ha sido el referente para entender el poblamiento de este amplio territorio durante la Protohistoria. Pero tras el estudio exhaustivo de los numerosos trabajos desarrollados en Medellín en el último medio siglo y el análisis de los novedosos y sustanciosos hallazgos protohistóricos de los últimos años en el valle del Guadiana, se propone un cambio de paradigma que se ajusta mucho mejor al panorama que ahora conocemos. Las recientes excavaciones en los túmulos de cerro Borreguero de Zalamea de la Serena y el Turuñuelo de Guareña que llevamos a cabo desde el Instituto de Arqueología del CSIC con sede en Mérida y en las que la autora está directamente implicada, avalan este cambio de modelo que con tanto éxito defiende.

En definitiva, nos hallamos ante un gran trabajo que nos ayudará a avanzar sensiblemente en nuestra concepción de Tarteso y en la importancia de su implantación en el valle del Guadiana, un territorio que cada día se afianza más como un lugar esencial para conocer la cultura tartésica.

SEBASTIÁN CELESTINO PÉREZ
CSIC

I.

INTRODUCCIÓN

Los estudios referentes a la Cultura Tartésica han sufrido innumerables altibajos desde que Adolf Schulten se embarcara en la búsqueda incansable de la ciudad de Tarteso. A pesar de la existencia de etapas de vacío, lo cierto es que el interés por esta cultura vuelve a vivir en la actualidad una de sus épocas doradas; uno de esos períodos en los que se suceden congresos y reuniones de especialistas, libros y numerosos artículos, pero también la edición de ensayos y novelas o la divulgación de documentales que abarcan, por lo tanto, desde el campo estrictamente científico hasta la ficción y el puro entretenimiento.

Aunque los estudios acerca de la cultura tartésica se han restringido fundamentalmente al valle del Guadalquivir, el interés por este mundo también está ganando protagonismo en las tierras del interior, a veces avivado por el morbo de trasladar esta cultura lejos del lugar de origen que las fuentes latinas parecen haberle otorgado. Sin embargo, el Tarteso de las tierras del interior ha padecido tres dolencias que han condicionado su estudio: la falta de originalidad al haberse considerado como un producto de los procesos acontecidos en la valle del Guadalquivir; la fuerte personalidad de dos yacimientos —Cancho Roano y la Necrópolis de Medellín— que han acaparado todo el interés de los investigadores durante más de cuatro décadas y han condicionado la interpretación de los nuevos hallazgos; y, por último, el escaso impacto que han tenido los numerosos estudios de quienes han trabajado sobre este período en Extremadura, cuyos resultados, sin embargo, sí han gozado de una difusión adecuada en la región.

Por estas y otras circunstancias que trato en su momento, el Tarteso del interior se ha confun-

dido con el fenómeno *orientalizante*, en parte por el recelo que existe por aplicar un término tan confuso y plural a una realidad que se aleja del que se considera su único origen y territorio, que no es otro que las costas actuales de Andalucía occidental. Así, el Tarteso del valle medio del Guadiana es un tema tratado pero en ningún momento desarrollado; y también confuso, pues si para la mayoría su cultura es *orientalizante*, el fenómeno que la produjo es indudablemente tartésico. Es precisamente por esa razón por la que quise acometer este trabajo, cuyo objetivo se centra en el análisis de este fenómeno tartésico y en su repercusión sobre las poblaciones que ya habitaban este territorio a principios del siglo VI a. C., momento en el que se documenta un fuerte aumento demográfico cuyo principal resultado fue el surgimiento de los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo en cuyo estudio he puesto mi principal interés.

Los trabajos arqueológicos llevados a cabo en el entorno del valle medio del Guadiana se han desarrollado de forma independiente, sin que haya existido una comunicación fluida entre los diferentes equipos de investigación que han participado en su estudio. A pesar de ello, diversos investigadores han afrontado la tarea de intentar estructurar el modelo de poblamiento que caracterizó a esta región durante la I Edad del Hierro, por lo que soy deudora de su labor. En este sentido, hay que resaltar especialmente a la figura de M. Almagro Gorbea, cuya investigación ha marcado en buena medida el desarrollo de la arqueología protohistórica del valle del Guadiana, independientemente de que se someta su trabajo a una crítica constructiva amparados por las nuevas tecnologías que han permitido avanzar sensiblemente en la interpretación

arqueológica. De igual manera, hay que destacar el esfuerzo que en los últimos años ha realizado el equipo de investigación del Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura, a quienes se debe el conocimiento de un buen número de yacimientos de la época. Por último, subrayar la labor constante del Instituto de Arqueología del CSIC por desarrollar una línea de investigación centrada en la Protohistoria, germen de las novedosas aportaciones que se han realizado en los últimos años. Pero la información no ha dejado de crecer y las intervenciones arqueológicas no han cesado, por lo que el tema en cuestión estaba falto de una actualización que pusiera en orden el volumen de información generado en las últimas décadas.

De ese modo, este trabajo de investigación parte de la revisión de los estudios realizados y publicados hasta la fecha. He intentado en todo momento dotar a yacimientos como Cancho Roano y la necrópolis de Medellín del protagonismo que les corresponde, equiparándolos al resto de yacimientos de similares características. La revisión de los enclaves considerados como asentamientos de la I Edad del Hierro y la recopilación de nuevos casos de estudio, convierten a este trabajo en un manual actualizado en el que se reúnen todos los yacimientos que jalonan la cuenca media del Guadiana durante época tartésica.

Aunque se ha realizado un exhaustivo recorrido documental por toda la cuenca del Guadiana para registrar toda la información arqueológica, quizás la mayor aportación a la investigación, y por ello el objetivo principal de este trabajo, sea la presentación de un nuevo modelo de ocupación del territorio basado exclusivamente en las evidencias arqueológicas, diferente por ello de los modelos construidos hasta la fecha, cuyas lecturas, por falta muchas veces de apoyo arqueológico, no se han considerado del todo satisfactorias. Así mismo, y a diferencia de otros ensayos publicados acerca del poblamiento del Guadiana Medio durante la I Edad del Hierro, el modelo aquí recogido incorpora una nueva interpretación de los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, a los que se dedica buena parte de este estudio, pues son los elementos que realmente aportan personalidad a esta región desde finales del siglo VI a. C. hasta principios del siglo IV a. C.

Para llevar a cabo esta labor se ha diseñado un modelo metodológico dividido en tres fases diferenciadas pero en todo momento complementarias. La primera fase de esta metodología compete a la documentación, apartado en el que integra la compilación cartográfica, la confección de cartografía específica para cada uno de los casos de estudio analizados, la recopilación de fotografías aéreas, el vaciado bibliográfico y los testimonios orales. Así, el desarrollo de este primer estadio ha sido fundamental para emprender la

recopilación de toda la información referente a la arqueología protohistórica del valle medio del Guadiana, necesaria para acometer la revisión del modelo territorial que en este trabajo se reexamina y reestructura.

La incorporación de los conocidos como túmulos del Guadiana al nuevo modelo de ocupación territorial inaugura la segunda fase de la metodología, aquella que comprende el trabajo de campo. En él se inserta el diseño y ejecución de una estrategia de prospección sistemática, superficial, pedestre, no invasiva y de cobertura total, que ha permitido analizar el terreno que ocupa cada elevación tumular y su entorno más inmediato; con la finalidad de conocer su localización exacta, su extensión, los materiales arqueológicos que presentan y su actual estado de conservación; el fin último es que todos aquellos enclaves en los que se ha obtenido una respuesta positiva puedan quedar incorporados a la lectura territorial que aquí se presenta.

Por último, el aparato metodológico se completa con la fase de laboratorio, momento en el que se procede al estudio de los materiales recuperados y a la puesta en común de la información recopilada en las dos fases anteriores, cuyo resultado final es la presentación de una novedosa lectura acerca de la organización territorial del Guadiana Medio durante la I Edad del Hierro; una lectura que difiere sensiblemente del modelo con el que se trabajaba hasta la fecha en el que Medellín constituía el punto de referencia para el estudio de esta compleja región geográfica.

Para ultimar el estudio territorial que aquí se presenta, y con el fin de sentar las bases para la futura arqueología del valle medio del Guadiana, se ha confeccionado un capítulo en el que se revisa la aplicación del concepto de *orientalizante*, empleado con connotaciones cronológicas y culturales para definir a las sociedades que pueblan el suroeste peninsular ante el miedo generalizado de aplicar términos como el de Tarteso, cuyo uso aquí se defiende. Así mismo, en aras de no redundar en un marco geográfico de sobra conocido, el apartado destinado al estudio del paisaje se ciñe casi de manera exclusiva a la revisión de dos conceptos que han definido geográficamente al Guadiana Medio, relegando su posición histórica a un papel secundario.

Para comprender la singularidad de este territorio, y desechar su caracterización como un espacio de frontera y periferia, el estudio del territorio durante la I Edad del Hierro debe partir, necesariamente, de su etapa precedente. Para aludir a la formación cultural de un espacio, más si se quiere hacer hincapié en las particularidades que este presenta, se debe conocer el sustrato de partida, en este caso del Bronce Final. Por ello, uno de los capítulos de este trabajo se dedica en exclusiva a presentar un estado de la cuestión

acerca de este período en el valle medio del Guadiana, con la idea de concienciar al lector de la base cultural de la que se parte para el estudio de la I Edad del Hierro.

Por último, el análisis del territorio seguiría quedando incompleto si en él no se tienen en cuenta los mecanismos empleados para su formación, razón por la cual se aborda en este trabajo el proceso de Colonización Tartésica. Así pues, y en definitiva, el trabajo que en este volumen se recoge arranca del estudio historiográfico, se detiene en los aspectos geográficos, se adentra en los antecedentes y profundiza en los análisis arqueológicos, con la finalidad última de presentar una nueva lectura del modelo territorial en el que se organiza el Guadiana Medio durante la I Edad del Hierro.

1.1. TARTESO EN EL INTERIOR. ¿POR QUÉ NO?

Quizás antes de emprender la revisión del patrón de asentamiento que actualmente caracteriza los estudios del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro, he de detenerme brevemente a justificar el uso del término Tarteso, dadas las suspicacias que el empleo de este concepto despierta en la actualidad.

Sin embargo, tampoco es mi intención detenerme en un problema histórico que todos sabemos de difícil solución, sobre todo cuando somos plenamente conscientes de la complejidad que supone poner a la comunidad científica de acuerdo a la hora de definir este concepto. La imagen de Tarteso varía de unos investigadores a otros hasta el punto de haber ido evolucionando y cambiando dentro del pensamiento de estos desde hace tres décadas hasta hoy como resultado de los avances que la investigación ha deparado en los últimos años. Pero a pesar de ello, considero necesario hacer una alusión a esta cuestión desde un punto de vista identitario, recogiendo para ello los últimos avances e incluyendo nuestra manera de entender esta compleja cultura con vistas a que la futura exposición y explicación del modelo de poblamiento del valle medio del Guadiana que continúa a estas líneas, resulte más comprensible desde el punto de vista cultural.

Tarteso es quizás una de las culturas cuyo origen y filiación cultural más han variado con el paso de los años como consecuencia de su devenir historiográfico (Álvarez Martí-Aguilar, 2005). Ello es la consecuencia de haber intentado con ahínco equiparar y hacer coincidir forzosamente un Tarteso exclusivamente literario con unos horizontes arqueológicos y filológicos, tarea, al fin y al cabo, responsabilidad del historiador de

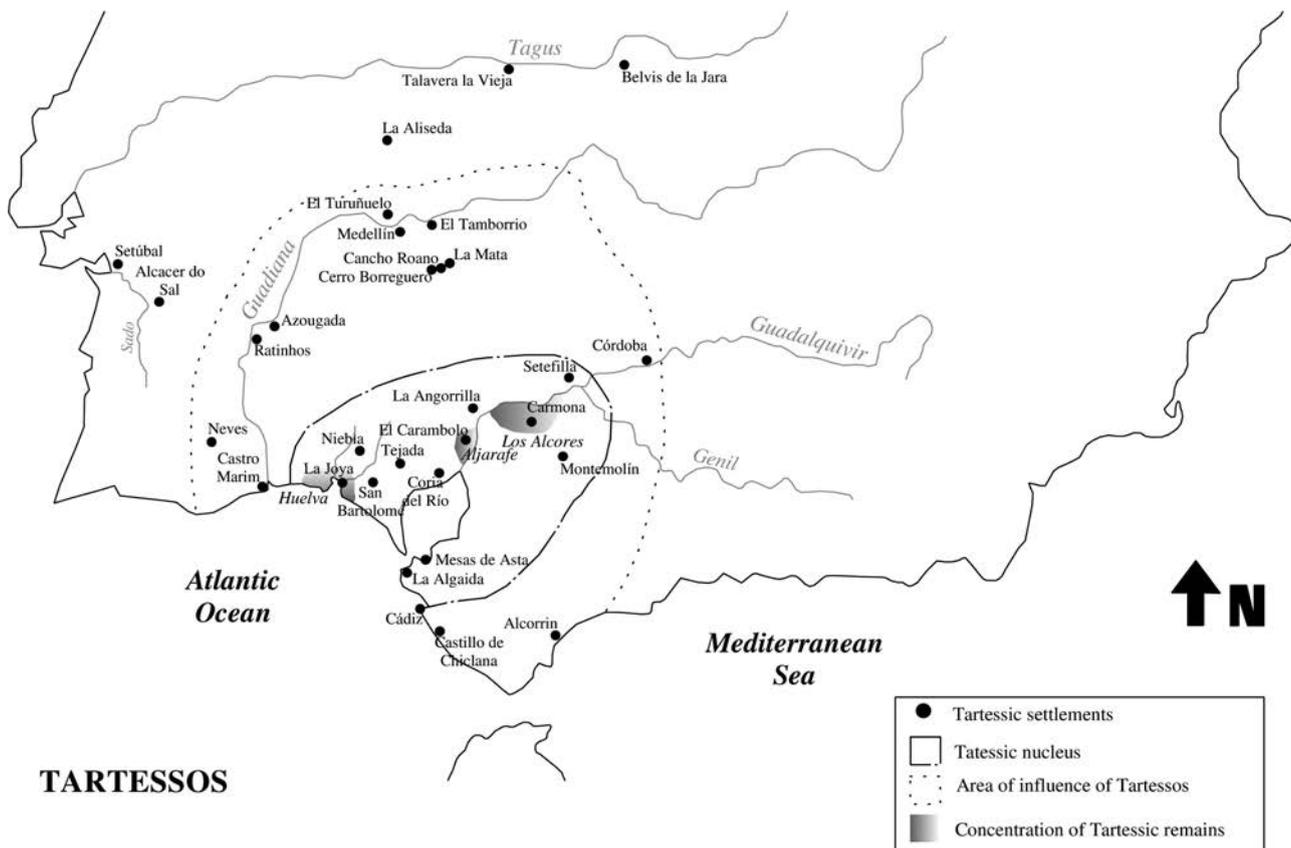


FIGURA 1. Territorio de Tarteso (mapa de E. Rodríguez González, en Celestino y López-Ruiz 2016: 175, fig. 7).

la antigüedad y del arqueólogo. Sin embargo, el avance de las investigaciones ha mostrado que dichos horizontes son imposibles de conectar, pues nos enfrentamos a problemas diversos cuya solución debe ser acometida desde cada una de las disciplinas implicadas.

La primera referencia que se tiene de Tarteso aparece recogida en las fuentes griegas del siglo VI a. C., es decir, más de tres siglos después del inicio de la colonización fenicia del sur de la Península Ibérica. En este marco literario creció bajo un halo de leyenda del que ahora no podemos desprenderlo, pues «cuando a un mito clásico le sucede uno contemporáneo, el proceso de desmitificación es doblemente arduo» (Ferrer y Bandera de la, 2010: 10). Este Tarteso, exclusivamente filológico, acabó siendo despertado por la Arqueología, primero con la intención de localizar su ciudad homónima recogida por las fuentes antiguas (Schulten, 1945) y, poco después, pero ya de manera definitiva, tras la identificación del *fondo de cabaña* y las cerámicas del Carambolo como la expresión material de esta cultura cuyas raíces quedaban hundidas en la Prehistoria peninsular. De ese modo, Tarteso se convertía en una cultural *real*, suponiendo con ello un cambio cualitativo de los estudios, pues pasaba de estar identificado con una ciudad a convertirse en una compleja cultura.

La idea de un Tarteso de raíces autóctonas ha prevalecido inalterada hasta las recientes excavaciones llevadas a cabo en el cerro del Carambolo, en el contexto de las cuales fue documentado un santuario fenicio consagrado a la diosa Astarté y donde se ha podido comprobar que el «fondo de cabaña» que Carriazo había atribuido a poblaciones del Bronce Final es en realidad una fosa-vertedero de índole ritual (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 246). Este cambio en el paradigma ha hecho tambalearse los cimientos de todos aquellos asentamientos considerados tartésicos tras haber sido estudiados a partir de los materiales y estratigrafías exhumadas en las últimas campañas del Carambolo. A este cambio se puede también sumar la aparición del lote de materiales hallados en el solar de la C/ Méndez Núñez 7-13/Plaza de las Monjas 12 de la ciudad de Huelva (González de Canales, Serrano y Llompart, 2004; 2008). Este hallazgo supone la constatación de la presencia más antigua de fenicios en el sur de la Península Ibérica, lo que desecha al mismo tiempo el carácter pre-fenicio de la fase I del Cabezo de San Pedro. Ambos hechos han provocado que el período que se denominaba *bronce final tartésico precolonial* sea ahora una etapa en vías de desaparecer a pesar de que algunos investigadores aún encuentren evidencias arqueológicas capaces de sostener, muy débilmente, su existencia (Torres, 2002; 2014).

Así pues, hoy se puede certificar que el error de partida ha estado en intentar identificar un Tarteso literario con una cultura material, fundamentalmente de prestigio, que lo representara e identificara; la obsesión histórica, como ocurre por ejemplo con la fundación de *Gadir*, de hacer casar las fuentes con los restos materiales; en definitiva, de dotar a Tarteso de todos aquellos elementos necesarios para que pudiera ser analizado desde un punto de vista identitario y cultural del mismo modo que ya se venía haciendo con sus contemporáneos fenicios y griegos. Pero, ¿hasta qué punto los que denominamos *tartesios* se sentían emocional y afectivamente vinculados a este etnónimo o entidad étnica y cultural? ¿Sabían los habitantes que poblaban el suroeste de la Península Ibérica entre los siglos VIII-VI a. C. que eran tartesios?

«La simple mención de un etnónimo no debe llevarnos a pensar que existe, detrás, una identidad de grupo fundamentada en una cierta autoconsciencia o incluso un pueblo concreto; o al revés, definida una identidad étnica, esta no funciona igual en unos momentos y en otros» (Cruz Andreotti, 2010: 20). Esta realidad es la que gira a día de hoy en torno a Tarteso, pues se está muy lejos de conocer si estos tenían o no una conciencia colectiva de pueblo (Arruda, 2013: 21-212; Albuquerque, 2014: 125). Desde mi punto de vista, Tarteso no deja de ser una construcción moderna que se debe acotar desde el punto de vista cultural y que únicamente se debe aplicar para «entendernos» y referirnos a unas poblaciones que habitaron el suroeste peninsular tras la llegada de los fenicios, sin obsesionarnos en trazar un marco cronológico, geográfico y social, pues Tarteso, como resultado de la conexión entre distintos horizontes culturales, no funciona igual ni en todas las regiones que integran el suroeste peninsular, ni a lo largo de todas las etapas que conforman su historia.

Del mismo modo que había ocurrido en los encuentros de 1968 y 1993 (Tartessos 25 años después) donde un nutrido número de especialistas en el estudio de Tarteso intentaban dar solución o explicación a esta enigmática cultura, la celebración el pasado año 2011 del congreso titulado *Tarteso. El emporio del metal* en la Universidad de Huelva, trató de extraer una «definición» para este concepto en la que se asumiese una opinión, lo más consensuada posible, entre todos los especialistas allí reunidos, y de la que recojo el fragmento que reúne la definición identitaria que aquí se trata de transmitir:

Tarteso es una cultura del suroeste peninsular, confluyente con la presencia estable de fenicios, hechos que eclosionan en la brillantez y riqueza a las que aluden las fuentes literarias griegas con el nombre de Tarteso y, tal vez, alguna mención en las bíblicas a través del topónimo Tarsis, cuya identificación con Tarteso no

es segura. Los testimonios arqueológicos dan cuenta de una gran diversidad demográfica en la citada confluencia: centros o asentamientos de directa creación fenicia, a los que se incorporan contingentes autóctonos; o centros preexistentes a los que se incorporan los fenicios con el resultado, en la generalidad de los casos, de comunidades yuxtapuestas o híbridas en las que se documenta el uso de lenguas diversas. Allí se decanta lo que entendemos por Tarteso, donde la influencia helénica, más o menos antigua, se intensifica en el último tercio del s. VII a. C., unos dos siglos después de la presencia permanente de los fenicios. Por otra parte, la aparición etnocultural indoeuropea es asimismo importante.

(Campos y Alvar (eds.), 2013: 651-652).

Así, Tarteso sería en esencia el resultado de la combinación de dos realidades en las que confluyen la colonización fenicia (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 269; Wagner, 2011: 125) y la materialidad con la que se ha dotado a la combinación entre lo alóctono y lo autóctono, integrando dentro del primero no solo a la población de origen fenicio, sino también a otras poblaciones mediterráneas y peninsulares (Celestino, 2008: 224; 2014: 153). Esta pluralidad en la composición étnica de Tarteso explica la variedad material y, al mismo tiempo, las concomitancias que existen entre determinados objetos o realidades materiales, como la arquitectura o las necrópolis, dentro de un variado espacio geográfico. Así, estoy de acuerdo en afirmar que «Tarteso no fue una civilización indígena, sino la realidad que conocieron los griegos cuando llegaron a la Península Ibérica en el s. VII a. C., un conglomerado de colonias fundadas por orientales que llevaban dos siglos viviendo en ellas» (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007: 269). Aunque esta idea sea del todo plausible, el hecho de que no se pueda demostrar que esas poblaciones que los griegos encontraron se sintieran tartésicas o se identificaran como tal, es una muestra más de que esta categorización es el resultado de una construcción moderna. Ello no obliga a desechar el término de la literatura científica y mucho menos sustituirlo por el concepto de *orientalizante*, mucho más impreciso si cabe; pero sí obliga a ser cautelosos a la hora de aplicarlo, pues debemos ser conscientes de a qué nos referimos cuando hacemos uso del mismo, sin olvidar en ningún momento que se trata de un concepto cargado de límites.

1.2. ARQUEÓLOGOS PARA TARTESO

Como no podría ser de otra manera, quiero finalizar esta breve introducción con unas palabras de agradecimiento a todos los colegas y amigos que me han acompañado en la realización de esta obra.

Debo comenzar por los Drs. Sebastián Celestino y Juan Blánquez quienes han sabido guiar-

me desde los inicios de mi investigación y a los que agradezco sus lecturas y consejos. Así mismo, con el Dr. Celestino comparto la codirección de las excavaciones de los yacimientos de cerro Borreguero y Casas del Turuñuelo, por lo que me gustaría aprovechar estas líneas para agradecerle el haberme sabido transmitir la paciencia y el cariño que la arqueología de campo requiere.

A los Drs. Ana M. Arruda, José Ángel Zamora, Manuel Martí-Aguilar, Massimo Botto, Elisa Sousa, Pedro Albuquerque, Eduardo Ferrer, Francisco José García Fernández, Manuel Bendala y Luis Berrocal, cuyos consejos y revisiones han servido para mejorar este volumen. Por último, a la Dra. Alicia Perea y al Consejo Editorial de la BPH por haber acogido este manuscrito.

Los trabajos de campo no habrían sido posibles sin la ayuda de un gran número de compañeros y amigos que en los últimos años han sabido encontrar un hueco en sus agendas para formar parte de este proyecto. En primer lugar quería agradecer a Sabah Walid y a Juanjo Pulido, su colaboración en las tareas de prospección, así como por su disponibilidad y el haberme brindado el acceso a los resultados obtenidos en las excavaciones del Tamborrio. Igualmente, a mis compañeros Charles Bashore, Alberto Dorado, Pablo Paniego y Álvaro Simón, por su participación como técnicos en las excavaciones de cerro Borreguero y Casas del Turuñuelo, y en especial a mi inseparable compañera, Carlota Lapuente, por haber adquirido la capacidad de creer en mis ideas y, lo que es más importante, de llevarlas a cabo. Este equipo se completa con un gran número de voluntarios que han participado en las labores de excavación a los que desde aquí les reitero mi agradecimiento, pues sin su participación muchos de los resultados hoy aquí presentados habrían quedado mermados. He de hacer una mención destacada a la figura de Melchor Rodríguez, del que nunca he dejado de aprender; gracias por enseñarme a mirar la tierra desde puntos de vista tan distintos. Y a José Ángel Salgado, quien me cedió el testigo de las excavaciones en el cerro Borreguero y a quien debo mis inicios para hacer frente a la dirección de una campaña de excavación. Parte del trabajo que ahora afronto en las labores de campo es gracias a él.

A nivel institucional debo agradecer, en primer lugar, a la Universidad Autónoma de Madrid y, en especial, al departamento de Prehistoria y Arqueología, y al Instituto de Arqueología de Mérida su acogida durante los años en los que he llevado a cabo mi labor de investigación. Entre los compañeros del Instituto de Arqueología tengo que hacer una mención especial a Enrique Cerrillo, quien además de ayudarme con la realización de la fotografía aérea, siempre ha estado disponible para resolver mis dudas técnicas

sobre el tratamiento de información espacial; y a Victorino Mayoral, quien me ha orientado en el diseño de la cartografía que acompaña a este estudio. En segundo lugar al Instituto de Arqueología de la Universidad de Oxford, la Hispanic Society of America de Nueva York, el UNIARQ de la Universidad de Lisboa y el Istituto di Studi sul Mediterraneo Antico de Roma, por acogerme durante los años que ha durado mi investigación. Por último, este trabajo habría sido inviable sin la confianza que la Fundación Universitaria Oriol y Urquijo depositó en mi proyecto.

Así mismo, esta labor no habría sido tan divertida y enriquecedora sin la ayuda de aquellos amigos, algunos de ellos ajenos al mundo de la

Arqueología, que han querido sumarse a este trabajo. Por ello, agradecer a Jorge, Ñoño, Tomás, Antonio, Laguna, Arancha, Raquel, Cristina y María, por acompañarme hoy y siempre.

Por último a mi familia, la que ha sufrido mis largas ausencias durante los períodos de estancia en el extranjero y las largas campañas de excavación. Aunque hay un trocito de mí en todos aquellos que me han acompañado durante este viaje, mis más sinceras palabras las reservo para mis abuelas y mis padres, quienes han apoyado mis decisiones y han creído en mi capacidad para llevar a cabo este trabajo. Saber que os sentís orgullosos de mí es la mejor meta a cumplir.